

Carmen Alborch

MALAS

Rivalidad y complicidad entre mujeres



De nuevo, como en su libro anterior, Carmen Alborch acierta al plantear, desde la franqueza intelectual, cuestiones que de verdad interesan a las mujeres. «Nos queremos, nos envidiamos, nos compadecemos, nos enfadamos, nos prestamos a la confidencia, nos apoyamos, competimos, nos divertimos y aprendemos juntas», escribe Carmen Alborch en la introducción a esta obra. La autora de *Solas* nos habla en las páginas de este libro de algunas cuestiones clave en las relaciones entre mujeres en el comienzo del siglo XXI: De la rivalidad que las ha enfrentado históricamente y aún las enfrenta por los mismos o nuevos motivos; de la presunción de #maldad# extendida a casi todas ellas por las tradiciones culturales hegemónicas en cada época histórica, de mujeres relevantes en numerosos y diferentes campos de la actividad humana, célebres o anónimas. Y también se refiere a la complicidad entre mujeres, esa hermosa connivencia tejida en mil alianzas y relaciones de muy variada naturaleza —algunas seculares, milenarias incluso—, otras más actuales con clara dimensión política, donde las mujeres se encuentran para que sus voces sean oídas y respetadas.

A las mujeres de mi vida

Introducción

A lo largo de los años, en nuestra compleja existencia como mujeres, van haciéndose cada vez más perceptibles ciertas emociones que nos inquietan. Recurrentemente nos planteamos preguntas incómodas acerca de algunos de nuestros comportamientos que quisiéramos ignorar y a las que no damos respuesta. Hay palabras que nos causan temor, de la misma manera que hay sentimientos que no queremos desvelar ante nosotras, ni tan siquiera reconocer en nuestro fuero interno. Son temas espinosos que surgen en nuestras conversaciones, y sobre los que pasamos casi de puntillas. Hablo de las tensiones, encuentros y desencuentros entre mujeres. Nos queremos, nos envidiamos, nos compadecemos, nos enfadamos, nos prestamos a la confianza, nos apoyamos, competimos, nos divertimos y aprendemos juntas. Nuestras aspiraciones y necesidades entran en conflicto y se crea el caldo de cultivo ideal para que germine la rivalidad.

Hablar de lo que nos une es más fácil, obviamente, que hacerlo de lo que nos separa y obstaculiza o entorpece nuestras relaciones, individuales y colectivas. Averiguar la causa de las tensiones que nos amargan, explicitarlas, reconocerlas, forma parte de un proceso, a veces doloroso, que nos resistimos a iniciar. Tropezamos con numerosos obstáculos, es cierto, y estos no siempre son identificables con claridad. A veces parece que sean insuperables, y, por tratarse de condicionamientos *naturales*, inalterables. Bloqueadas por la misoginia, no indagamos en nuestros senti-

mientos y emociones, algo tan necesario para cambiar los paradigmas sociales que nos excluyen o nos enfrentan con nosotras mismas. La misoginia no es solo una palabra anti-pática y lejana, patrimonio exclusivo de los hombres: yo también soy misógina, de forma involuntaria, acaso inconscientemente.

Rehuimos profundizar en algunas cuestiones, pero si llegamos a plantearlas, quienes lo hacemos parece que quisiéramos hurgar inoportunamente en la herida al poner de manifiesto los problemas que de hecho existen entre nosotras, ofreciendo argumentos al *adversario*. Sin embargo, nos conviene. Se corre el peligro de malas interpretaciones, de descontextualizaciones, de utilizaciones interesadas. Pero debemos asumir ese riesgo. Tenemos que aprender a vivir con los conflictos, sin rehuir hablar de ellos, aprender a mostrarnos como mujeres complejas y singulares.

Pero ¿qué llevamos en nuestra cajita de miserias? El lado oscuro, *la sombra*, es decir, aquello que relegamos a lo más profundo de nuestra mente. Al menos, ya vamos descubriendo que más vale asumir nuestras mezquindades y exponerlas que ignorarlas. Hablar de ellas supone, de entrada, una cierta valentía, y contribuye a que se desvanescan. Hablar nos procura alivio, también.

Aproximarnos a los conflictos, conocer sus causas, partir de la realidad sin falsearla, resulta a veces complicado por nuestra propia implicación en ellos. La rivalidad entre mujeres se reproduce en la competencia por ocupar un lugar en el mundo; no es casual sino consecuencia de lo que hemos interiorizado a lo largo de los tiempos; tampoco es patrimonio exclusivo de las mujeres, ni mucho menos, pero sí tiene entre nosotras su propia especificidad, su peculiar perfil. La rivalidad no es natural ni inevitable, se puede superar si asumimos que existe e intentamos averiguar sus causas, sus orígenes, remotos y próximos. Y si cambiamos los procesos de socialización, los modos de aprender y lo que aprendemos.

Conscientes de nuestras semejanzas y diferencias, partícipes de una condición, con conciencia de pertenecer a una categoría biológica y social, somos moldeadas por una cultura que nos excluye o nos delimita como seres para los otros y de la que también formamos parte. Pero no queremos dejarnos llevar por el determinismo, ni caer en la trampa del *naturalismo* conservador en virtud del cual así son las cosas, así han sido y así serán. Nos hace falta hablar sobre nosotras. Mirarnos a nosotras mismas es, como mínimo, un ejercicio interesante. Es necesario, ya que nuestra vida está profundamente marcada por las relaciones con otras mujeres, desde el inicio, desde la importante relación nuclear madre-hija. Nos conviene liberarnos de ciertos miedos paralizantes, romper el cerco de los tópicos, los estereotipos, de los lugares comunes acerca de nosotras transmitidos y aprendidos a lo largo de años y años, y darle un papel protagonista a la creatividad, la franqueza, el respeto, la alianza, la complicidad.

Las mujeres no somos amigas por naturaleza, pero tampoco las peores enemigas. Abrigamos el anhelo de poder formular nuestros propios deseos y ambiciones, asumir el riesgo de descubrir quiénes somos. Es posible cambiar, mejorar las relaciones, los paradigmas. Con mayor o menor grado de conciencia, somos muchas —cada vez más— las que aspiramos a ser ciudadanas libres y responsables, las que anhelamos poder decidir sobre nuestra propia vida, las que sentimos la necesidad de progresar, de mejorar. Se está haciendo. De hecho hemos desarrollado formas de intercomunicación y relación de gran calidad. Entre nosotras y con ellos.

Cuando ponemos de relieve la fuerza que existe en el encuentro y la relación con las otras mujeres al compartir proyectos, sentimientos, vivencias, nos desplazamos *de la rivalidad a la complicidad*. Afirmamos nuestro protagonismo al plantearnos el reto de ser leales con nosotras, de tomarnos en serio. Quizá hayamos confiado, ingenuamente,

en que determinadas transformaciones se producirían por el mero enunciado de unos principios, o en que con la simple repetición de conceptos como «liberación» o «solidaridad» determinados problemas desaparecerían, y con ellos la rivalidad y la envidia, y las relaciones de poder.

No queremos ser ni sentirnos víctimas, pero huir del victimismo no quiere decir que desconozcamos la realidad, nuestra trayectoria, nuestra propia historia personal y colectiva, que no la describamos y la valoremos. Transcurridos algunos años, podemos sentirnos orgullosas de haber alcanzado ciertos objetivos y de ser herederas de mujeres ejemplares que nos han transmitido valores hoy irrenunciables. Pero junto a todo ello también debemos asumir errores, carencias, y analizar dónde hemos tropezado y por qué. Todavía nos cuesta reconocer autoridad a las mujeres, liberarnos de prejuicios, de ciertas tradiciones, de aquello que obstaculiza nuestra plena autonomía, que mantiene la asimetría, que potencia y exagera los enfrentamientos. Los tiempos cambian, la realidad evoluciona rápidamente y, como consecuencia, las relaciones entre nosotras tienden a adquirir mayor complejidad, con aspectos positivos, sí, pero también con nuevos conflictos. Junto a la rivalidad histórica — la eterna competencia por el hombre— surgen otros motivos que nos enfrentan, entre ellos los que tienen que ver con la mayor participación en el mundo exterior, en el ámbito profesional y político, con la independencia económica. A lo de siempre se añade lo nuevo, nuevas razones para el conflicto en otros aspectos de la vida y en diferentes espacios.

«Malas» es el plural de «mala». Y «mala», a su vez, procede de «Mal». Las hipótesis sobre el Bien y el Mal se entrecruzan transversalmente en los campos del saber más variados y dispares, desde la metafísica a las ciencias que estudian el comportamiento humano, como la sociología o la psicología, la ética, la economía, la ciencia jurídica, la ciencia política. Si el Bien se identifica con la Belleza y la Ver-

dad, el Mal es, *sensu contrario*, la Fealdad y la Mentira. Todo el saber humano aparece impregnado de ese interminable, eterno y maniqueo combate entre el Bien y el Mal, para desconcierto de teólogos que quizá encuentren algún obstáculo a la hora de explicar un universo creado por un Dios todopoderoso impulsado por infinita bondad que, sin embargo, contempla y permite que las fuerzas del Mal se interrelacionen en el universo enfrentadas a los designios de la Divina Providencia.

Aunque la concepción judeocristiana de la mujer arrastre el estigma bíblico de Eva como la gran incitadora y causante de la perdición de los hombres, al haber impulsado a Adán a caer en la tentación y probar la fruta prohibida tomada del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal —no podía llamarse de otra forma— la intención y las entonaciones del epígrafe que da título a este libro carecen de cualquier connotación bíblica.

La voz «malas» puede encerrar acepciones que van desde la travesura inocente y bulliciosa a la más taimada y refinada de las fechorías, de la mentira intranscendente a la traición más diabólica y despiadada protagonizada por cualquiera de las grandes damas del Mal que ha conocido la historia.

Sin embargo, la acepción de «malas» a la que se acoge este libro alberga pretensiones mucho más modestas y alude esencialmente a las relaciones entre mujeres en un mundo construido por y para hombres, mujeres en las que la lucha por el éxito y el triunfo ha *masculinizado* —en el peor de los sentidos de la expresión— algunos de sus hábitos, formas de comportamiento y recursos, forzándolas a adoptar los mismos lenguajes y ademanes bélicos de los hombres frente a sus congéneres, las demás mujeres, con las que se ven forzadas a competir desde la pueril concepción masculina del éxito y el triunfo.

Malas trata esencialmente de este fenómeno, que no es lineal, unidireccional, ni maniqueo, de enfrentamientos en-

tre el blanco y el negro, sino un complejo universo de relaciones repleto de matices, sombras y claroscuros, en el que en muchas ocasiones resulta extremadamente difícil encontrar la luz, donde la complicidad puede transformarse en rivalidad y viceversa en el alma compleja y recóndita de las mujeres.

Me gustaría, además, con este título «conjurar el maleficio», desbaratar los planes de quienes desde las actitudes tradicionales —cada vez que no somos obedientes, subvertimos el orden establecido, no cumplimos las expectativas que se tiene sobre nosotras— nos acusan de malas, con la inevitable consecuencia de no ser queridas.

¿Desde dónde hablo, escribo? Desde un contexto específico, nuestro propio entorno político, cultural y generacional. No obstante, me haré eco de voces de mujeres no tan cercanas, pertenecientes a otras culturas, a otras épocas y generaciones, conocidas o anónimas, reales o de ficción, que nos aportarán experiencias individuales y colectivas, estrategias dignas de atención, ritos y mitos. Somos ciudadanas del mundo o al menos aspirantes convencidas a serlo, cosmopolitas *enredadas*, y por tanto aludiré a algunas experiencias que se están desarrollando en la Red, sobre todo como vehículo para la solidaridad. Hablaré también desde distintas perspectivas, de lo privado a lo público, del interior al exterior, del íntimo y complejo universo emocional a la autoridad, el éxito, los saberes, las alianzas.

Procuró aprender, me gusta escuchar y observar, siento una gran curiosidad por todos los temas que nos atañen como mujeres. He estado acompañada por libros importantes, por maestras, y no solo maestras del mundo académico, también por mis amigas y compañeras, he participado en talleres y encuentros, compartiendo saberes variados y vivencias, intercambiando experiencias. Todo ello es lo que se puede encontrar en las páginas que siguen, escritas con franqueza. Las experiencias de estos últimos años, los que han servido de periodo de incubación de este libro, me

permiten conservar la esperanza de que sea posible practicar la buena vida. Y mantener el sentido del humor.

Hurgar en la antigua herida

¿Qué es lo que no acaba de funcionar entre nosotras? Para dar respuesta a esta cuestión quizá sea necesario interrogarnos, aunque sea brevemente, acerca de los orígenes del asunto, es decir, quizá haga falta que nos planteemos esa pregunta tan universal y repetida y que corre el peligro de sonar trascendente en exceso: ¿de dónde venimos? Me refiero al origen del sistema de asimetría social que subordina a las mujeres, las divide y las enfrenta entre sí y las convierte, como condición inexcusable para la supervivencia del propio sistema, en rivales que compiten por ocupar un lugar en el mundo, un espacio limitado. Si, como he apuntado, nos hemos convertido en adversarias unas de otras — o nos han convertido— bueno será que en esta revisión indagemos también en el papel, no siempre inocente, que hemos jugado nosotras en ello. Se trata de un elemental ejercicio de responsabilidad y un intento de no quedar atrapadas, de no desaprovechar energías vitales y vivir la vida.

Estamos inmersas en una cultura de la que formamos parte y cuyos valores hemos transmitido y seguimos transmitiendo al menos en parte. Representamos nuestro papel, el de «seres para los otros», en expresión de Franca Basaglia, pero algo se rebela en nuestro interior. La mujer singular que somos, que se reconoce a sí misma como individuo, vive con un profundo sentimiento de esquizofrenia, en palabras de Agnes Heller, las señales contradictorias del mundo en que vivimos.

Las «señales contradictorias» y la «esquizofrenia» no son nuevas: decía sor Juana Inés de la Cruz que era «locura» enseñarle al niño quién es el «coco» y después exigirle que no tuviera miedo. A la pirueta barroca, añadía, dirigiéndose a los hombres que vituperan a las mujeres: «Querredlas cual las hacéis / o hacedlas cual las buscáis». Y así ha sido: ellos han configurado nuestro pensamiento y aún nos temen o nos desprecian. Buscan en la mujer lo que nunca han tenido el valor de inculcarnos. Es decir, lo hacen al revés: ensalzamiento de lo femenino como depositario de valores excelsos, como la maternidad (exclusiva, instintiva, incondicional), por una parte; subordinación social efectiva, por otra. Somos mujeres escindidas, como dice Franca Basaglia; eternas secundarias sin protagonismo alguno.

Seres incompletos que solo obtienen razón de ser cuando se incorporan al mundo masculino; no es pues extraño que compitamos por un lugar en ese orden de valores. Y que las que no lo alcanzan sientan envidia de las elegidas.

Se propicia la rivalidad entre nosotras como elemento necesario para la supervivencia del sistema, decía antes. Pero lo más grave de la competencia femenina quizá sea el efecto perverso que provoca, la desvalorización de las mujeres por las propias mujeres. Gloria Steinem nos recuerda que todo aquello propio de un grupo poderoso, sin importar qué sea, se percibe como excelente y deseable; en cambio, los atributos de los grupos más débiles no son considerados tan anhelables, al margen de lo intrínsecamente importantes que puedan ser. Asimiladas las instrucciones sobre la utilidad social de la propia aniquilación, las mujeres siguen colaborando en su propia destrucción.

Rivalidad, envidia... Son palabras desagradables, incómodas, que nos rechinan en los oídos. Escucharlas, nos cuenta Ornella Tretin en su trabajo «Más allá de la punta de las flechas», nos produce un sufrimiento agudo, como si algo se nos clavara en el flanco o el corazón. Porque nos sabemos víctimas y verdugos a la vez. «Lo que yo tengo por

dentro», decía Rosita, «me lo guardo para mí sola». Rosita guardaba las heridas y las burlas de otras mujeres... «Las mujeres que no tienen novio están pochadas y recocidas», «Una carta de un novio no es un devocionario», o cosas semejantes, se decían por herir, por envidia o por rencor. (Federico García Lorca en *Doña Rosita la soltera*). Todo por amor o todo por... casarse. El propio poeta y dramaturgo lo entendió así: «Se trata de una línea trágica de nuestra vida social: las españolas que se quedan solteras» y el sufrimiento con el que cargan por ello. En Lorca era denuncia; en la vida real, una «tragedia»: insultos, vejaciones... La mujer *debe* casarse, *debe* tener hijos, *debe, debe, debe*... «No hay nada más triste que ver a un niño malo y, peor todavía, a una niña. ¿Sabes dónde van las niñas malas cuando mueren?», le decían a una joven romántica (Charlotte Brontë, en *Jane Eyre*).

Cuando una mujer hiere a otra con una frase irónica — vuelvo a Ornella Tretin— o una mirada hostil, se hiere a sí misma; y cada vez que manifiesta menosprecio hacia otra, refuerza todo lo acumulado por la historia sobre la espalda de las mujeres.

Lo aprendemos de pequeñas: aprendemos a competir entre nosotras, a devaluarnos, a crearnos inseguridad. Vivimos en una necesidad constante de que nos acepten, de demostrar la propia valía. Hemos internalizado que somos menos que los hombres, y por eso no encontramos en nosotras valores con los que identificarnos. ¿Será cierto que no hemos hecho nada de qué enorgullecernos? ¿Será cierto que solo somos como Eva, portadoras del pecado? ¿Solo Pandora esparciendo males por la Tierra? ¿Solo Mesalina, solo Manon Lescaut, solo Naná? ¿Solo hadas o arpías? ¿Solo monjas o brujas?

Muchas cosas podrían cambiar si entre nosotras prosperase la confianza. ¿De veras es imposible derrochar la energía en sentido contrario? Soñar con un apoyo recíproco y un respeto explícito, ¿es demasiado? No, porque es tam-

bién una parte de la realidad. A veces, cuando hablamos entre nosotras, en conversaciones informales, parecería una aspiración realizable o más extendida. Sin embargo...

MUJERES CONTRA MUJERES

La primera relación de la mujer, ambivalente y contradictoria, relación a la vez de enemidad y de amor, es con su madre; después la ambivalencia se extiende a todas las mujeres, próximas y lejanas, amigas, hermanas, hijas, compañeras de trabajo o de grupo social. El conflicto es vivido también dentro de cada una, dice Marcela Lagarde.

Cualquier mujer es una enemiga en potencia: cada una disputa a todas las demás un lugar en el mundo a partir del reconocimiento del hombre y de su relación con él, de su pertenencia a sus instituciones sociales y al amparo del poder.

La rivalidad, el enfrentamiento entre mujeres ofrece algunos ejemplos clásicos. Comenzaremos por las diosas. Con motivo de las bodas de Tetis y Peleo, se reunieron en un banquete los dioses del Olimpo. La Discordia, que no fue invitada, dejó una manzana entre la fruta con la siguiente inscripción: «Para la más hermosa». Afrodita, Hera y Atenea lucharon por ser la más hermosa. Prudentemente, Zeus no quiso juzgar el asunto, y pidió que fuera el príncipe Paris quien decidiera la cuestión. Las diosas bajaron al monte Ida y mostraron sus encantos al príncipe... Además, Hera le prometió que, si la nombraba a ella, lo convertiría en dueño del mundo; Atenea le ofreció ser invencible en la guerra. Afrodita le prometió a la mujer más hermosa. El famoso *Juicio de Paris* se resolvió a favor de Afrodita: esta le concedió a Helena y así comenzó la Guerra de Troya. Afrodita estuvo siempre de parte de Paris, pero Atenea y Hera se convirtieron en enemigas implacables de los troyanos. No será necesario explicar a qué conduce el mito.

El mito de la mujer vencedora en virtud de su maternidad se muestra en el ejemplo bíblico de Lía y Raquel. Am-